

ARTE

Un joven matrimonio de restauradores españoles, que tiene abierto su taller aquí en Madrid —con el nombre italiano de *Restauro*—, en la calle *Doctor Fleming*, número 51, ha transformado incidentalmente su taller en una sala de exposiciones donde ahora se está exhibiendo la obra del pintor, también español, Enrique Ortuño. ¿Cómo llegó a mi conocimiento esa circunstancia casi insólita? Hace poco vino a mi casa la joven señora restauradora —cuyo nombre, como el de su esposo, no recuerdo ahora—, pidiéndome que fuera a ver esa exposición, que ni siquiera habían anunciado en la prensa. Ellos habían conocido a Ortuño con ocasión de uno de sus viajes profesionales, en Florencia, donde vive habitualmente el pintor, y acordaron con él gestionar una exposición aquí, en la Patria. Esta es la exposición, pues decidieron cortar por lo sano y darle de lado a los consabidos tiras y aflojas de las galerías normales, siempre tan sobresaturadas de compromisos previos. Y así es como vino a verme, para pedirme que fuera a visitar la exposición, la señora de *Restauro*. ¿Pero, por qué fui yo a un sitio tan lejano, que ni siquiera parecía una galería "seria"? Porque tuve la intuición de que lo que esos restauradores, que además eran jóvenes, habían elegido por lo menos tenía que ser pintura de verdad. Y fui a ver la exposición. Y no me equivoqué. Me felicito, además, de que los jóvenes restauradores, que están tan acostumbrados a ver las tripas de la pintura de otro tiempo, sepan "ver" la pintura de hoy. Eso no sería posible —no hay que alejarse demasiado— en los tiempos de Bernard Berenson, para el cual todo lo que no estaba sacralizado por un cierto olor renacentista ya era la barbarie...

Enrique Ortuño.

Galería *Restauro*. Madrid.

Enrique Ortuño llegó a conocer a Picasso en Vallauris, quien le concedió una beca para facilitarle dos años de estudio en Florencia. Aunque esto no sea

—ni pretenda serlo nunca— un "currículum vitae", creo que debo reseñar eso que de alguna manera establece una cierta identidad, entre Picasso y Ortuño, no de genialidad, sino de talante pictórico, de la motivación inmediata que incita a la realización de cada cuadro. Y también de lo que adivino —pues no hay obra ni épocas suficientes para una comprobación—, que debe ser como una versatilidad idiomática de su pintura. Si: sin duda, lo que debe ser facultad primordial de este pintor de Eliche —pues de allí es natural— es la de transformar rápidamente las ideas o las visiones fugazmente obteni-



"Amantes", de Ortuño.

das en pintura, en cuadros. Digo rápidamente —y estoy hablando por las impresiones recibidas en una primera visita, rápida también—, digo rápidamente, porque estoy seguro que el pintor no se detiene mucho en meditar la posible traslación de la imagen concebida; que no se da tiempo a sí mismo para ello, que no quiere ni puede detenerse en ajustar su plasmación pictórica a una estilística preestablecida; que su facultad de transformarlo todo vorazmente en pintura lo incita a no detenerse nunca ni en estilos ni en formas de expresión. Es a eso, a esa capacidad voraz de transformarlo todo rápidamente en pintura —entrevista sólo por mí, repito— a lo que he llamado "versatilidad". ¿Y qué? ¿Es que no era versátil el Picasso cuya obra hemos conocido todos? Yo no quiero, ni debo, entrar en el terreno de las enojosas comparaciones con genialidades. Sólo quiero decir que Ortuño tiene que pintar así, sin detenerse mucho en cumplir con la obligación de su propia estilística va-

edificada. ¿O no será esa —la facultad "fágica" de transformarlo todo en pintura— la peculiaridad primordial de su propio estilo?

He ido a *Restauro* para constatar dos cosas: Primero, qué facultad fue la que Picasso vio en ese hombre al que quiso proteger. Y si lo que vio en él fue algo que también pasaba por su cuerpo: esa capacidad que he llamado "fágica" de transformarlo todo en pintura. Fui además allí para ver por qué unos técnicos en el tratamiento de la pintura de siempre se han sentido identificados con esa pintura de hoy. Y se han sentido identificados con eso porque se han dado cuenta de que eso es "pintura"... una conclusión a la que el viejo Berenson no hubiera llegado nunca. He visto por allí algo diseminadas algunas obras de las que tienen en su taller. Si yo tuviera que reparar algo, no dudaría en acudir a ellos. Porque ellos saben por dónde va la pintura y en dónde está la pintura.

¿*Restauro* será una nueva galería de arte para Madrid? No lo creo: Está algo lejos para los que tenemos que ser visitantes habituales de esos centros. Pero, sin duda, esos chicos ya han demostrado que saben lo que es y lo que puede ser una galería. A ver qué pasa. ■ JOSÉ MARIA MORENO GALVAN.

TEATRO

La nueva Sala 3: "Candide", de Voltaire, por una compañía de Lyon

El estreno del "Candide" de la *Compagnie des Huit Saveurs* en Madrid —tras presentarse en Barcelona, Sevilla y Salamanca— ha supuesto, aparte del propio interés del trabajo, la apertura de una nueva sala teatral en el Centro Cultural de la Villa de Madrid. El hecho es interesante, porque la sala, regular y desnuda, con un espacio escénico "modificable", podrá cobijar un tipo de montajes y proponer una relación espectáculo-espectador que ni serían posibles en

los otros dos teatros ya existentes en el Centro ni en cualquier otro de los locales habituales de Madrid. Si a este dato, puramente técnico, añadimos el carácter "municipal" del Centro y su consiguiente renuncia a toda rentabilidad económica, comprenderemos hasta dónde nos hallamos ante un instrumento cada vez más vital para la realidad teatral —en términos generales, cultural— de Madrid; afirmación que apareja el reconocimiento de cuanto allí se ha hecho desde su inauguración, no limitándose a utilizar la gran sala destinada al teatro y que, a su vez, señala la enorme, y lógica, responsabilidad de los rectores del Centro. En todo caso, la presentación simultánea de "La venganza de Don Mendo" —con Manolo Gómez Bur y Amparo Baró— en la gran sala, de teatro infantil en una segunda y del "Candide" en la nueva Sala 3, a precios que no llegan al 50 por 100 del que se paga en los teatros "comerciales", marcan las líneas a seguir por la programación. La numerosa asistencia de público —viendo el "Candide", por ejemplo, había mucha gente joven, que no sabía francés y estaba allí como una opción entre las diversas ofrecidas por el Centro—, condicionada por los precios de las localidades, el comunicado emplazamiento del edificio, y aun, probablemente, el atractivo que ejerce su aparatosidad arquitectónica, permiten sospechar que a la ejemplar Cadarso acaba de unirse esta Sala 3, siempre, claro, que no existan normas de censura interior y por allí pasen, indiscriminadamente, todos los grandes trabajos que necesitan el espacio y las condiciones que puede ofrecerles este Centro de la Villa de Madrid.

Refiriéndonos concretamente al "Candide", se trata, sin duda, de un espectáculo insólito y sugerente. El director de la compañía lyonesa "des Huit Saveurs" —referencia a "los ocho registros del teatro hindú", frente a nuestra mucho más esquemática división entre la tragedia y la comedia—, Claude Pierre Chavanon, contando con el autor del dispositivo escénico, Gilbert Richaud, ha creado una especie de línea itinerante dentro de la pequeña Sala, por la cual discurren las distintas situaciones dramáticas y se desplaza el público. Si el inolvidable "Orlando furioso", de Ariosto-Ronconi, que vimos en el Palacio de los Deportes, planteaba una movilidad del público en un gran espacio —y conviene señalar que en la documentación de "Candide" aparece una idea que también figuraba en la del "Orlando": que el montaje "deja la posibilidad de varias inter-